

¿Siglas es más democracia?



Nicolás
Lynch.

Con motivo de las recientes elecciones locales y regionales y el triunfo masivo de candidatos que no pertenecen a partidos nacionales ha empezado a circular la idea de que estamos ante una crisis de los grandes partidos o, peor todavía, frente a una desaparición de los mismos. Lo que sucede en realidad es más preocupante y antiguo. No sólo estamos frente a una crisis de los partidos nacionales sino ante una crisis de la representación política como tal, es decir, del fenómeno de la representación cuyo sujeto es el partido político. Pero el asunto no es de ahora, viene por lo menos de la crisis de fines de los ochentas y principios de los noventas. ¿En qué consiste exactamente? En que la crisis de hace 15 años destruyó la inicial articulación y suma de intereses que se había venido gestando en la sociedad peruana y los políticos se ven hoy en dificultades porque no saben qué representar, peor aún no sabemos si nuestra fragmentación actual será efectivamente representable. Es difícil distinguir intereses que busquen efectivamente agregarse, a lo sumo tenemos estados de ánimo que los caudillos nacionales buscan interpretar o reclamos, muchas veces muy puntuales, que los líderes locales y regionales tratan de expresar.

Esta crisis de representación hace que no tengamos partidos que sean referentes nacionales para organizar la representación de la ciudadanía a niveles tanto locales, regionales como nacionales. Para que la democracia funcione los partidos deben ser pocos y atravesar el sistema político, desde el municipio hasta el gobierno central para que el régimen exprese de manera estable y articulada a

la población. Los partidos empezaron a desarrollarse como referentes nacionales en la historia inmediata durante los 12 años de democracia entre 1980 y 1992. En esa época existió una relativa articulación entre las escenas nacional y local. Sin embargo, la crisis de ese régimen liquidó el proceso y Fujimori terminó de enterrarlo. Era y es de interés primordial para el autoritarismo que no exista una representación articulada. Hasta ahora, a pesar de que regresó la democracia, por la mantención de la subordinación neoliberal de la política, la construcción de referentes nacionales de representación no encuentra aún terreno firme para desarrollarse. Lo que tenemos en la escena nacional es un conjunto de franquicias políticas, varias de ellas que vienen de antaño, que acompañan cada una a un caudillo con su respectivo séquito y, en el mejor de los casos, algunas ideas sobre lo que se quiere hacer. En las escenas locales y regionales, por el contrario, surgen y desaparecen pequeños caudillos acompañados por siglas efímeras y algún reclamo estridente. No sólo no existe la articulación entre unas y otras sino que desde la localidad y la región se tiende a rechazar la conexión con la política nacional.

Hay quienes celebran esta desarticulación como si fuera un florecimiento de la democracia. Más partidos en los distintos niveles sería para ellos más participación. Esta es una falacia. La fragmentación hace que nuestra frágil democracia sea presa fácil de la plata sucia y el secuestro mediático. Más siglas, en este caso no es más sino menos democracia. Debemos encaminar nuestro sistema político hacia una representación articulada volviendo a tener partidos que sean verdaderos referentes nacionales, que busquen canalizar la expresión de la sociedad desde los espacios locales hasta los nacionales. No es una tarea exclusivamente política: depende de que la democracia sea liberada de la subordinación neoliberal. De lo contrario, siempre habrá un mandón que buscará reinar sobre los enanos.